

8213
B.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 2170
.58
56
1131

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UN ASUNTO TENEBROSO

AL SEÑOR DE MARGONE

Su huésped del palacio de Saché, agradecido,
DE BALZAC.

CAPÍTULO PRIMERO

LAS DESAZONES DE LA POLICÍA

El otoño del año 1803 fué uno de los más hermosos de este siglo que llamamos el Imperio. En octubre, las praderas habían sido regadas por algunas lluvias, y los árboles estaban aún verdes y frondosos á mediados del mes de noviembre. El pueblo comenzaba á establecer entre el cielo y Bonaparte, declarado á la sazón cónsul perpetuo, una buena inteligencia, á la que este hombre debió su mayor prestigio; y ¡cosa rara! el día en que, en 1812, le faltó el sol, sus prosperidades cesaron. El 15 de noviembre de este año, á eso de las cuatro de la tarde, el sol iluminaba con luz rojiza las cimas centenarias de cuatro hileras de olmos, situados en una larga avenida señorial, y hacía brillar la arena y la hierba de una de esas plazoletas que se encuentran en los campos en que la tierra fué en otro tiempo bastante barata para poder ser sacrificada para adorno. El aire era tan puro y la temperatura tan agradable, que una familia tomaba allí en este momento el fresco como si fuera en verano. Un hombre

vestido con una cazadora de cutí verde, con botones verdes y con un pantalón de la misma tela, calzado con zapatos de delgada suela y que llevaba unas polainas de cutí que le llegaban hasta la rodilla, limpiaba una carabina con el cuidado con que suelen hacerlo los cazadores diestros en los momentos de ocio. Este hombre no llevaba ni morral, ni canana, ni ninguno de esos útiles que anuncian la salida ó la vuelta de la caza, y dos mujeres, sentadas á su lado, lo contemplaban y parecían ser presa de un mal disimulado terror. Cualquiera que hubiera visto esta escena oculto en un matorral, hubiera temblado sin duda, como temblaban la anciana suegra y la mujer de este hombre. Era indudable que un cazador no toma tan minuciosas precauciones para matar piezas de caza, ni emplea, en el departamento del Aube, una tan pesada carabina.

—¿Vas á matar corzos, Michú? le dijo su hermosa mujer procurando afectar un aire risueño.

Antes de responder, Michú miró á su perro que, acostado al sol, con las patas hacia adelante, el hocico entre ellas y en esa encantadora actitud en que suelen ponerse los perros de caza, acababa de levantar la cabeza y olfateaba alternativamente hacia la parte de la avenida, que estaba enfrente de él, y hacia un camino lateral que desembocaba en la izquierda de la plazuela de que hemos hablado ya.

—No, respondió Michú; á quien quiero matar es á un lobo cervero, que no quisiera errar por nada del mundo.

El perro, un magnífico mastín blanco con manchas negras, gruñó.

—Bueno, dijo Michú; espías tenemos. El país hormiguea.

La mujer de Michú levantó dolorosamente los ojos al cielo. Hermosa rubia de ojos azules, hecha como una estatua antigua, pensativa y recogida, parecía estar devorada por negro y amargo pesar. El aspecto del marido podía explicar hasta cierto punto el terror de las dos mujeres. Las leyes de la fisonomía son exactas, no sólo aplicadas al carácter, sino también por lo que respecta á la fatalidad de la existencia. Hay fisonomías proféticas. Si fuese posible (y esta estadística viviente es de gran importancia para la sociedad) tener un

dibujo exacto de los que perecen en el patíbulo, la ciencia de Lavater y de Gall probarían incontestablemente que había en la cabeza de todos estos individuos, hasta en la de los inocentes, extraños signos. Si, ¡la fatalidad pone su sello en el rostro de los que tienen que morir de cualquier muerte violenta! Ahora bien, este sello, visible á los ojos del observador, estaba impreso en la expresiva cara del hombre de la carabina. Pequeño y grueso, diestro y ágil como un mono, aunque de carácter templado, Michú tenía un rostro blanco, inyectado de sangre y al que unos cabellos rojos y crespos daban una expresión siniestra. Sus ojos amarillentos y claros estaban dotados, como los del tigre, de una impenetrabilidad que contribuía á que la mirada del que los examinaba se perdiese sin encontrar en ellos ni movimiento ni calor. Fijos, luminosos y rígidos, aquellos ojos acababan por asustar. La oposición constante que existía entre la inmovilidad de los ojos y la vivacidad del cuerpo, contribuía aún más á aumentar la impresión glacial que Michú causaba de pronto. Rápidos en este hombre, sus actos debían obedecer á un pensamiento único, del mismo modo que en los animales los actos de su vida sin reflexión obedecen únicamente al instinto. Desde 1793 llevaba partida su barba roja. Aun cuando no hubiera sido presidente de un club de jacobinos durante el Terror, esta particularidad de su cara hubiera bastado por sí sola para hacerle parecer terrible. Aquel rostro socrático, de nariz chata, estaba coronado por una hermosa frente, pero tan bombeada, que parecía salir fuera de la línea recta de su cara. Sus orejas gachas poseían una especie de movilidad como las de las bestias salvajes que están siempre en guardia. Su boca, entreabierta como es costumbre ordinaria en los campesinos, dejaba ver dos filas de dientes blancos y grandes como almendras, aunque mal alineados. Unas patillas espesas y relucientes encuadraban esta cara blanca y violácea á intervalos. El pelo, cortado al rape por delante y largo por los lados y por detrás, hacía resaltar perfectamente todo lo que aquella fisonomía tenía de raro y de fatal. El cuello, corto y grueso, parecía desafiar á la cuchilla de la ley. En este momento el sol iluminaba de lleno

aquellas tres cabezas, que el perro miraba de vez en cuando. Por otra parte, esta escena ocurría en un lugar magnífico. La plazoleta está situada al extremo del parque de Gondreville, que es una de las tierras más ricas de Francia, y, sin duda alguna, la más hermosa del departamento del Aube: magníficas avenidas de olmos, palacio construido con arreglo á los proyectos de Mansart, parque de mil quinientas fanegas cercado de muros, nueve grandes quintas, un bosque, molinos y praderas. Esta tierra, casi regia, pertenecía antes de la Revolución á la familia de Simeuse. Ximeuse es un feudo situado en Lorena. El nombre se pronunciaba Simeuse y se acabó por escribirlo como se pronunciaba. La gran fortuna de los Simeuse, hidalgos adictos á la casa de Borgoña, data del tiempo en que los Guisasamenazaron á los Valois. Richelieu primero y Luis XIV después, recordaron la adhesión de los Simeuse á la facciosa casa de Lorena, y los rechazaron. Entonces, el marqués de Simeuse, antiguo borgoñón, antiguo guisardo, antiguo partidario de la Liga, antiguo frondista (había heredado algo de los cuatros odios de la nobleza contra el reino), se fué á vivir á Cinq-Cygne. Este cortesano, rechazado del Louvre, se había casado con la viuda del conde de Cinq-Cygne, rama menor de la famosa casa de Chargebœuf, una de las más ilustres del antiguo condado de Champaña, pero que llegó á ser tan célebre y tan opulenta como la mayor. El marqués, uno de los hombres más ricos de aquel tiempo, en lugar de arruinarse en la corte, edificó Gondreville, mejoró sus dominios y adquirió nuevas tierras con el único objeto de proporcionarse buenos cazaderos. Construyó también en Troyes el palacio de Simeuse, á poca distancia del palacio de Cinq-Cygne. Estas dos antiguas casas y el palacio episcopal fueron durante mucho tiempo los únicos edificios de piedra que hubo en Troyes. El marqués vendió el palacio de Simeuse al duque de Lorena. Su hijo disipó las economías y parte de aquella gran fortuna, bajo el reinado de Luis XV; pero este hijo llegó á ser primero jefe de escuadra, después vicealmirante, y reparó las locuras de su juventud con brillantes servicios. El marqués de Simeuse, hijo de este marino, pereció en el pa-

tíbulo, en Troyes, dejando dos hijos gemelos que emigraron y que se encontraban á la sazón en el extranjero, siguiendo la suerte de la casa de Condé.

La plazoleta que hemos descrito era el punto de cita para la caza en tiempo del Gran Marqués. Se llamaba así en la familia al Simeuse que construyó Gondreville. Desde 1789, Michú habitaba el pabellón contiguo á dicha plazoleta, situado en el interior del parque, pabellón que recibía el nombre de Cinq-Cygne y que había sido construido en tiempo de Luis XIV. La aldea de Cinq-Cygne está al extremo del bosque de Nodemesme (corrupción de Notre-Dame), al que conduce la avenida de las cuatro filas de olmos en que Couraut olfateaba á los espías. Desde la muerte del Gran Marqués, este pabellón estaba completamente abandonado. El vicealmirante frecuentó mucho más la corte y los mares que Champaña, y su hijo dió á Michú por morada este pabellón deteriorado.

Este noble edificio es de ladrillo, adornado con piedra vermiculosa en las esquinas, en las puertas y en las ventanas. A ambos lados del pabellón hay una reja de hierro todo oxidado. Después de la reja, existe una ancha y profunda cuneta, tras la cual se elevan vigorosos árboles, y entre éstos y la cuneta unos parapetos erizados de arabescos de hierro, que presentan sus innumerables picas á los malhechores.

Los muros del parque no empiezan hasta más allá de la circunferencia que forma la plazoleta. Fuera, la magnífica media luna está formada por declives plantados de olmos, así como la que corresponde al parque está formada por espesuras de árboles exóticos. Michú había convertido los antiguos salones del piso bajo del pabellón en cuadra, establo, cocina y leñera. Del antiguo esplendor, la única huella era una antesala embaldosada con mármol negro y blanco, donde se entra, por la parte del parque, por una de esas puertas vidrieras como las que había aún en Versalles antes de que Luis Felipe hubiese instalado allí el hospital de las glorias de Francia. En el interior, este pabellón está dividido por una antigua escalera de madera que conduce al primer piso. Encima de éste había un inmenso granero. Este

gran edificio estaba rematado por una de esas grandes cimas de cuatro lados, cuyas aristas estaban adornadas con dos ramos de flores de plomo, y atravesadas por cuatro de esas claraboyas que tanto gustaban con razón á Mansart; pues en Francia, el estilo ático y los tejados llanos á la italiana son un contrasentido contra el que el clima protesta. Michú metía allí sus forrajés. Toda la parte del parque que rodea á este antiguo pabellón, estaba construído á la inglesa. A cien pasos, un ex lago, que había pasado á ser sencillo estanque bien provisto de peces, hacía notar su presencia, tanto por una ligera niebla que se veía encima de los árboles, como por el grito de mil ranas, sapos y otros anfibios que cantan al ponerse el sol. La vetustez de las cosas, el profundo silencio de los bosques, la perspectiva de la avenida, el valle en lontananza, los hierros cubiertos de orín, las masas de piedra cubiertas de musgo y otros mil detalles, contribuían á poetizar aquella construcción que existe aún.

En el momento en que empieza esta historia, Michú estaba apoyado en uno de los parapetos cubiertos de musgo sobre el que se veían su tarro de pólvora, su gorra, su pañuelo, un destornillador, unos trapos y todos los demás útiles necesarios para llevar á cabo su sospechosa operación. La silla de su mujer estaba adosada al lado de la puerta exterior del pabellón, encima de la cual existían aún las armas de Simeuse, ricamente esculpidas con su hermosa divisa: *¡Aquí mueres!* La madre, vestida de aldeana, había puesto su silla delante de la mujer de Michú, para que ésta pudiese tener los pies al abrigo de la humedad, colocándolos sobre uno de los palos de la silla.

—¿Está ahí el pequeño? preguntó Michú á su mujer.

—Da vueltas alrededor del estanque, pues se vuelve loco por las ranas y por los insectos, dijo la madre.

Michú silbó de un modo terrible. La presteza con que su hijo acudió demostraba el despotismo ejercido por el administrador de Gondreville. Desde 1789, pero sobre todo desde 1793, Michú era casi el amo de aquella tierra. El terror que inspiraba á su mujer, á su suegra, á un criadito llamado Gaucher y á una criada llamada Mariana, se exten-

día á diez leguas á la redonda. Se hace aquí necesario no retardar por más tiempo las razones de este sentimiento, razones que, por otra parte, acabarán por dar remate al retrato moral de Michú.

El antiguo marqués de Simeuse se había deshecho de sus bienes en 1790; pero, habiéndosele anticipado los acontecimientos, no había podido poner en manos fieles su hermosa tierra de Gondreville. Acusado de estar en correspondencia con el duque de Brunswick y con el príncipe de Cobourg, el marqués de Simeuse y su mujer fueron encarcelados y condenados á muerte por el tribunal revolucionario de Troyes, que presidía el padre de Marta. Este hermoso dominio fué, pues, vendido nacionalmente. Cuando la ejecución del marqués y de la marquesa, se observó, no sin una especie de horror, que el guarda general de la tierra de Gondreville, que era el presidente del club de los jacobinos de Arcis, fué á Troyes para asistir á ella. Hijo de un sencillo aldeano y huérfano, Michú, colmado de beneficios por la marquesa, que le había dado el empleo de guarda general después de haberle hecho educar en el palacio, fué considerado como un nuevo Bruto por los exaltados; pero en el país todo el mundo cesó de frecuentarle después de este rasgo de ingratitud. El que adquirió los bienes, fué un hombre de Arcis, llamado Marión, nieto de un intendente de la casa de Simeuse. Este hombre, abogado antes y después de la Revolución, tomó miedo al guarda, y en su consecuencia, lo nombró administrador suyo, dándole tres mil francos de sueldo y un tanto por ciento en las ventas. Michú, que pasaba ya por tener unos diez mil francos, se casó, protegido por su fama de patriota, con la hija de un curtidor de Troyes, que era el apóstol de la Revolución en esta villa, cuyo tribunal revolucionario presidía. Este curtidor, hombre de convicción, que, por su carácter, se parecía á Saint-Just, se encontró complicado más tarde en la conspiración de Babeuf, y se mató para escapar á una condena. Marta era la muchacha más bonita de Troyes. A pesar de su conmovedora modestia, había sido obligada por su temible padre á hacer de diosa de la Libertad en una ceremonia republi-

cana. El nuevo propietario no fué en siete años más allá de tres veces á Gondreville. Su abuelo había sido intendente de los Simeuse, y todo Arcís creyó entonces que el ciudadano Marión representaba á los señores de Simeuse. Mientras que duró el Terror, el administrador de Gondreville, patriota adicto y abnegado, yerno del presidente del tribunal revolucionario de Troyes, acariciado por Maligno (del Aube), uno de los representantes del departamento, fué objeto de una especie de respeto. Pero cuando la Montagne fué vencido, cuando su suegro se mató, Michú pasó á ser una especie de cabeza de turco; todo el mundo se apresuró á atribuirle, lo mismo que á su suegro, hechos en los que no había tomado parte alguna. El administrador se defendió de la injusticia de la multitud, se mostró altanero y tomó una actitud hostil. Su palabra se hizo audaz. Sin embargo, desde el 18 de brumario guardaba ese profundo silencio propio de las almas fuertes; no luchaba ya contra la opinión general, y se contentaba con obrar. Esta prudente conducta contribuyó á que lo considerasen como un cazurro hipócrita, pues poseía en tierras una fortuna de unos cien mil francos. En primer lugar, no gastaba nada, y después, esta fortuna le provenía legítimamente de la herencia de su suegro y de los seis mil francos al año que le daba, entre el sueldo y los beneficios, su empleo. Aunque era administrador hacia ya doce años, aunque todo el mundo podía calcular sus economías, cuando al principio del Consulado compró una quinta por valor de cincuenta mil francos, se levantaron acusaciones contra el antiguo montañés, y las gentes de Arcís le atribuían intenciones de recobrar la consideración por medio de una gran fortuna. Desgraciadamente, en el momento en que todos empezaban á olvidarle, un incidente estúpido, envenenado por los chismes de las aldeas, reavivó la creencia general en la ferocidad de su carácter.

Una tarde, saliendo Michú de Troyes en compañía de algunos aldeanos, entre los cuales se encontraba el cortijero de Cinq-Cygne, se le cayó un papel en la carretera; este cortijero, que iba detrás, se bajó y lo recogió; en esto, Michú se vuelve, ve el papel en manos de este hombre, saca en se-

guida una pistola del cinto, la monta y amenaza al cortijero, que sabía leer, con levantarle la tapa de los sesos, si abría el papel. La acción de Michú fué tan rápida, tan violenta, el sonido de su voz tan espantoso y sus ojos tan chispeantes, que todo el mundo sintió frío y espanto. El cortijero de Cinq-Cygne era, naturalmente, un enemigo de Michú. La señorita de Cinq-Cygne, prima de los Simeuse, no tenía más que una quinta por toda fortuna, y habitaba su palacio de Cinq-Cygne. No vivía más que para sus primos, dos gemelos, con quienes había jugado en su infancia en Troyes y en Gondreville. Su hermano único, Julio de Cinq-Cygne, emigrado antes que los Simeuse, había muerto en Mayence; pero, por un privilegio bastante raro, que no tardaremos en detallar, el nombre de Cinq-Cygne, no se extinguía por falta de varones. Esta cuestión entre Michú y el cortijero de Cinq-Cygne, tuvo una gran resonancia en todo el distrito, é hizo más negras aún las tintas misteriosas que velaban á Michú. Pero no fué esta la única circunstancia que lo hizo temible. Algunos meses después de esta escena, el ciudadano Marión fué con el ciudadano Maligno á Gondreville. Corrió el rumor de que Marión iba á vender la tierra á este hombre, á quien los acontecimientos políticos habían favorecido tanto, y á quien el Primer Cónsul acababa de colocar en el consejo de Estado para recompensarle sus servicios prestados el 18 de brumario. Los políticos del pueblo de Arcís comprendieron entonces que Marión había sido el testaferro del ciudadano Maligno, en lugar de serlo de los señores de Simeuse. El omnipotente consejero de Estado era el mayor personaje de Arcís. Había conseguido para uno de sus amigos políticos la prefectura de Troyes; había librado del servicio de las armas á uno de los cortijeros de Gondreville, llamado Beauvisage, y hacía favores á todo el mundo. Este negocio no debía encontrar, pues, opositores en Gondreville, donde Maligno reinaba y donde reina aún. El Imperio estaba en sus comienzos. Los que leen hoy historias de la Revolución francesa, no podrán nunca imaginarse los inmensos intervalos que la opinión pública colocaba entre acontecimientos que con tanta rapidez se sucedieron

entonces. La necesidad general de paz y de tranquilidad que todo el mundo experimentaba, después de violentas conmociones, engendraba un completo olvido de los más graves hechos anteriores. La historia envejecía rápidamente, constantemente madurada por nuevos y ardientes intereses. Nadie, excepto Michú, indagó el pasado de este tiempo, que todo el mundo encontró natural. Marión, que había comprado Gondreville por seiscientos mil francos, lo vendió por un millón de escudos. Pero la única suma que desembolsó Maligno, fué los derechos del registro. Grevín, un compañero de Maligno, favorecía este embrollo, y el consejero de Estado le recompensó trabajando para que lo nombrasen notario de Arcís. Cuando esta noticia llegó al pabellón, llevada por el cortijero de una quinta situada entre el bosque y el parque, á la izquierda de la hermosa avenida, llamado Grouage, Michú se puso pálido y salió. Fué á espiar á Marión, y acabó por encontrarlo solo en una de las calles de árboles del parque.

—¿El señor vende Gondreville?

—Sí, Michú, sí. Tendrá usted por amo á un hombre poderoso. El consejero de Estado es amigo del Primer Cónsul; está íntimamente unido con todos los ministros y le protegerá á usted.

—¿De modo que guardaba usted esta tierra para él?

—Yo no digo eso, repuso Marión. En aquella época no sabía dónde colocar mi dinero, y para mayor seguridad, lo invertí en bienes nacionales; pero no me conviene conservar la tierra que pertenecía á la casa en que mi padre...

—Fué criado, intendente, dijo bruscamente Michú. Pero es el caso que usted no se la venderá á nadie, porque la quiero yo y puedo pagársela.

—¿Tú?

—Sí, yo, seriamente y en buen oro, ochocientos mil francos...

—¿Ochocientos mil francos? ¿Dónde los has cogido? dijo Marión.

—Eso es lo que no le importa á usted, respondió Michú secamente.

Después, dulcificando un tanto su tono, añadió en voz baja:

—¡Mi suegro salvó á mucha gente!

—Llegas demasiado tarde, Michú. El negocio ya está hecho.

—Pues lo deshará usted, señor mío, exclamó el administrador, cogiendo á su amo por la mano y apretándosela como con un torno. Yo soy odiado, quiero ser rico y poderoso, y necesito ser dueño de Gondreville. Sépalo usted, me importa un comino la vida, y... ó me vende usted la tierra, ó le levanto la tapa de los sesos.

—Pero al menos, necesito tiempo para deshacer el trato con Maligno, lo cual no es cosa agradable.

—Le doy á usted veinticuatro horas. Y si dice usted una palabra de esto, yo me encargo de cortarle la cabeza como quien la corta á una rama.

Marión y Maligno dejaron el palacio durante la noche. Marión tuvo miedo y notificó al consejero de Estado el encuentro que había tenido y la necesidad que tenía de guardarse del administrador. Erale imposible á Marión sustraerse á la obligación de devolver aquella tierra al que realmente la había pagado, y Michú parecía no estar dispuesto á comprender ni admitir semejante razón. Por otra parte, este favor que Marión hizo á Maligno, debía ser y fué el origen de su fortuna y de la de su hermano. En 1806, Maligno logró el nombramiento del abogado Marión para primer presidente de una audiencia imperial, y cuando se crearon las recaudaciones generales, procuró la recaudación general del Aube al hermano del abogado. El consejero de Estado dijo á Marión que permaneciese en París, y encargó al ministro de policía que vigilase á Michú. No obstante, para evitar disgustos, y sin duda para vigilarlo mejor, Maligno dejó que Michú siguiese de administrador, si bien bajo la férula del notario de Arcís. Desde este momento, Michú, que se mostraba cada vez más taciturno y pensativo, fué reputado de ser hombre capaz de hacer cualquier atrocidad. Maligno, consejero de Estado, función que el Primer Cónsul hizo entonces igual á la de ministro, y uno de los

redactores del Código, desempeñaba un gran papel en París, donde había comprado uno de los palacios más hermosos del arrabal Saint-Germain, después de haberse casado con la hija única de Sibuelle, un rico abastecedor bastante desacreditado, á quien asoció con Marión para la recaudación general del Aube. No había ido más que una vez á Gondreville, y confiaba, por otra parte, en Grevín para todo lo que concernía á sus intereses. Después de todo, ¿qué tenía que temer él, antiguo representante del Aube, de un antiguo presidente del club de jacobinos de Arcis? Sin embargo, la opinión, que era ya tan desfavorable para Michú entre las clases bajas, lo fué aún más entre la clase media; y Marión, Grevín y Maligno, sin explicarse ni comprometerse, lo señalaron como hombre excesivamente peligroso. Obligados por el ministro de policía general á vigilar al guarda, las autoridades no destruyeron esta creencia. En el país se había acabado por asombrarse de que Michú conservase su empleo, y todo el mundo juzgó esta consideración como efecto del terror que inspiraba. ¿Quién no comprendería ahora la profunda melancolía que expresaba la mujer de Michú?

En un principio, Marta había sido educada piadosamente por su madre. Ambas, buenas católicas, habían sufrido mucho con las opiniones y la conducta del curtidor. Marta no se acordaba nunca, sin enrojecer, de que había sido paseada por la ciudad de Troyes en traje de diosa. Su padre la había obligado á casarse con Michú, cuya mala reputación iba creciendo, y á quien ella temía demasiado para poderle juzgar nunca. No obstante, esta mujer se sentía amada, y en el fondo de su corazón se agitaba el afecto más verdadero para aquel hombre terrible. Nunca le había visto hacer nada que no fuese justo, nunca sus palabras habían sido brutales, para ella al menos, y siempre lo veía esforzarse por adivinar todos sus deseos. Este pobre paria, creyendo ser desagradable á su mujer, permanecía casi siempre fuera de casa. Marta y Michú, desconfiando mutuamente, vivían en lo que se llama hoy *una paz armada*. Marta, que no veía nunca á nadie, sufría vivamente al sentir la reprensión que, desde hacía siete años, le alcanzaba como hija

de un descamisado y como esposa de un hombre tachado de traidor. Más de una vez había oído decir á los habitantes de la quinta Belache, que se encontraba en la llanura á la derecha de la avenida, y que era tenida por Beauvisage, un hombre adicto á los Simeuse, al pasar por delante del pabellón:

—¡He ahí la casa de los Judas!

La singular semejanza de la cabeza del administrador con la del décimotercero apóstol, le había valido este odioso apodo en todo el país. Esta desgracia y los vagos y constantes presentimientos respecto al porvenir, contribuían á que Marta estuviese cada vez más recogida y pensativa. Nada entristece más profundamente que una degradación inmerecida y de la que es imposible librarse. ¿No hubiera sido un magnífico modelo para un pintor aquella familia de parias, habitando en el seno de uno de los lugares más bonitos de Champaña, donde el paisaje es generalmente triste?

—¡Francisco! gritó el administrador para hacer así que su hijo se diese más prisa.

Francisco Michú, niño de diez años, gozaba del parque, del bosque, y sacaba de ellos sus pequeños beneficios como amo: comía sus frutas, cazaba y no tenía penas ni cuidados. Era el único ser feliz de aquella familia, aislada del país por su situación entre el parque y el bosque, como lo estaba moralmente por la repulsión general.

—Recoge todo eso que hay ahí, dijo el padre al hijo señalándole el parapeto, y pronto. ¡Mírame! ¿Quieres mucho á tu padre y á tu madre?

El niño se arrojó sobre su padre para abrazarlo; pero Michú hizo un movimiento para coger la carabina y lo rechazó.

—¡Bien! Algunas veces has llegado á charlar algo de lo que se hace aquí, dijo fijando en él sus ojos temibles como los de un gato montés. No olvides lo que voy á decirte: revelar la más insignificante de las cosas que se hacen aquí á Gaucher, á los criados de Grouage ó de Belache, y aun á Mariana, que nos quiere, sería matar á tu padre. Que no vuelva á ocurrirte eso más, y te perdono tus indiscreciones de ayer.

El niño empezó á llorar.

—No llores; pero si te hacen alguna pregunta, responde como los aldeanos: «No sé.» Hay gentes que vigilan el país y que no me gustan nada. ¿Lo oís también vosotras dos? dijo Michú á las mujeres. En boca cerrada no entran moscas.

—Amigo mío ¿qué vas á hacer?

Michú, que medía con cuidado una carga de pólvora y la introducía en el cañón de la carabina, colocó el arma contra el parapeto y dijo á Marta:

—Nadie sabe que yo tengo esta carabina; ponte delante.

Couraut, que se había levantado, ladraba con furor.

—¡Hermoso é inteligente animal! exclamó Michú. Estoy seguro de que son espías...

Sabían que eran espías. Couraut y Michú, que parecían tener una misma y única alma, vivían juntos, como viven el caballo y el árabe en el desierto. El administrador conocía todas las modulaciones de la voz de Couraut y las ideas que expresaba, como el perro leía el pensamiento de su amo en sus ojos y en la actitud de su cuerpo.

—¿Qué dices de esto? exclamó en voz baja Michú, señalando á su mujer los dos siniestros personajes que aparecieron en una de las calles de árboles que desembocaban en la plazuela.

—¿Qué ocurre en el país? ¿Son parisienses? dijo la anciana.

—¡Ah! vienen hacia aquí, exclamó Michú. Esconde mi carabina, dijo al oído á su mujer.

Los dos parisienses que atravesaron la plazuela tenían unos rostros que, á decir verdad, hubiesen sido típicos para un pintor. Uno de ellos, el que parecía ser el subalterno, llevaba unas botas bajas de montar, que, por caer demasiado abajo, dejaban ver unas pantorrillas raquílicas y unas medias de seda de dudosa limpieza. El calzón, de paño de color amarillo y con botones de metal, era un tanto demasiado ancho; el cuerpo debía encontrarse dentro de él muy á sus anchas, y sus marcadas arrugas indicaban, por su disposición, al hombre de oficina. El chaleco de piqué, recargado de salientes bordados, abierto y abrochado con un solo botón en la parte supe-

rior del vientre, daba á este personaje un aspecto tanto más raro, cuanto que sus cabellos negros, rizados en forma de tirabuzones, le ocultaban la frente y caían á lo largo de sus mejillas. Dos cadenas de acero, de reloj, iban á ocultarse en los bolsillos de su calzón. La camisa estaba adornada con un alfiler que sustentaba una piedra fina blanca y azul. La casaca, color canela, llamaría indudablemente la atención de un caricaturista por sus dos faldones, que, vistos por detrás, tenían tan perfecta semejanza con un bacalao, que recibieron esta denominación. La moda de las casacas con faldón de bacalao, duró diez años, casi tanto como el imperio de Napoleón. La corbata, plana y con muchos pliegues, permitía á este individuo ocultar en ella el rostro hasta la nariz. Su cara llena de granos, su gorda y larga nariz color de ladrillo, sus animados pómulos, su boca desdentada, pero amenazadora y maliciosa, sus orejas adornadas de grandes pendientes de oro, su frente deprimida, todos estos detalles, que parecían grotescos, se hacían terribles, gracias á dos ojos de la forma y tamaño de los de los cerdos, que denotaban una implacable avidez y una crueldad truhanesca y casi gozosa. Estos dos ojos escudriñadores y perspicaces, de un azul claro, podían ser tomados por modelo de aquel famoso ojo, temible emblema de la policía, inventado durante la Revolución. Llevaba guantes negros y una varita en la mano. Debía ser algún personaje oficial, pues ostentaba en su porte, en su manera de tomar tabaco y de metérselo en la nariz, esa importancia burocrática de un hombre secundario á quien las órdenes recibidas de sus jefes constituyen momentáneamente en soberano.

El otro, cuyo traje era del mismo gusto, pero elegante y llevado con mucha gracia, pulcro hasta el exceso y que hacía chillar al andar unas botas á la Suwaroff, puestas por encima de un pantalón muy estrecho, llevaba sobre la casaca aquella especie de túnica, moda aristocrática, adoptada por los Clíchanos y por la juventud elegante, y que sobrevivió á los unos y á la otra. En esta época hubo modas que duraron más que los partidos, síntoma de anarquía que nos ofrecía ya el 1830. Este perfecto petimetre parecía tener unos

treinta años. Sus modales denotaban sus buenas relaciones, y llevaba alhajas de precio. El cuello de la camisa le llegaba hasta las orejas. Su aire fatuo y casi impertinente acusaba una especie de superioridad oculta. Su cara pálida parecía no tener una gota de sangre; su nariz, roma y fina, tenía el aspecto sardónico de la nariz de una cabeza de muerto, y sus ojos verdes eran impenetrables. Su mirada era tan discreta como debía serlo su boca cerrada y provista de delgados labios. El primero parecía ser un buen muchacho comparado con este joven, seco y avellanado, que azotaba el aire con un junco, cuyo puño de oro brillaba al sol. El primero podía cortar por sí solo la cabeza de cualquiera; pero el segundo era capaz de envolver en las redes de la calumnia y de la intriga á la inocencia, á la belleza y á la virtud, ahogándolas ó envenenándolas fríamente. El hombre rubicundo hubiera consolado á su víctima con sus chistes; el otro ni siquiera le hubiese sonreído. El primero tenía cuarenta y cinco años y debía ser aficionado á la buena vida y á las mujeres. Esta clase de hombres tienen todas pasiones que los hacen esclavos de su oficio. Pero el joven no tenía ni pasiones ni vicios. Si era espía, pertenecía á la diplomacia, y trabajaba por amor al arte. Él concebía y el otro ejecutaba; él era la idea y el otro la forma.

—Buena mujer ¿estamos ya en Gondreville? dijo el joven al acercarse.

—Aquí no se acostumbra á decir *buena mujer*, respondió Michú. Nosotros conservamos aún las sencillas fórmulas de *ciudadano* y *ciudadana*.

—¡Ah! exclamó el joven con el aire más natural y sin parecer sorprendido.

Ocorre con frecuencia en el juego, y en el del *ecarté* sobre todo, que los jugadores experimentan una derrota interior al ver sentarse delante de ellos, cuando están de vena, á un jugador cuyos modales, miradas, voz y manera de barajar, les hacen presentir un fracaso. Al ver á este joven, Michú sintió una postración profética de este género. Se vió atacado de un presentimiento mortal y entrevió confusamente el patíbulo; una voz interior le decía que aquel

petimetre le sería fatal, á pesar de que no había aún nada de común entre ellos. Por eso, sus palabras fueron rudas, y quiso ser y fué grosero.

—¿No está usted al servicio del consejero de Estado Maligno? le preguntó el segundo parisiense.

—Yo no estoy al servicio de nadie, respondió Michú.

—En fin, señoras, dijo el joven afectando las maneras más finas. ¿Estamos ó no en Gondreville? porque somos esperados por el señor Maligno.

—Ese es el parque, dijo Michú señalándoles la reja abierta.

—¿Y por qué oculta usted esa carabina, hermosa hija mía? dijo el jovial compañero del más joven, al ver el cañón cuando trasponía la reja.

—Veo que tú *trabajas* siempre, hasta en el campo, exclamó el más joven sonriendo.

Ambos se volvieron, llevados de un pensamiento de desconfianza, que el administrador comprendió, á pesar de la impasibilidad de sus rostros; Marta los dejó mirar la carabina, en medio de los ladridos de Couraut, pues ella tenía la convicción de que Michú meditaba alguna trastada, y casi celebró la perspicacia de los desconocidos. Michú dirigió á su mujer una mirada que le hizo estremecer; cogió en seguida la carabina y se dispuso á cargarla con bala, aceptando las fatales consecuencias de aquel descubrimiento y de aquel encuentro: parecía estar dispuesto á todo, aun á costa de su vida, y su mujer comprendió entonces perfectamente su funesta resolución.

—¿Hay lobos por aquí? dijo el joven á Michú.

—Siempre hay lobos donde hay carneros. Ustedes están en Champaña, y aquí hay un bosque; pero tenemos también jabalíes, caza mayor y menor, de todo un poco, dijo Michú con aire chocarrero.

—Corentín, dijo el más viejo de los dos, después de haber cambiado una mirada con el otro; apuesto á que este hombre es mi Michú...

—Me parece que no hemos comido nunca en el mismo plato, dijo el administrador.

—No, pero hemos presidido á los jacobinos, ciudadano, replicó el viejo cínico. Usted en Arcis y yo en otra parte. Tú has conservado tu cortesía de Carmañola; pero ya no está de moda, amigo mío.

—El parque es muy grande y me parece que podríamos perdernos; si es usted el administrador, haga usted el favor de hacer que nos conduzcan al palacio, dijo Coorentín con tono brusco.

Michú silbó á su hijo y continuó cargando la bala. Coorentín contemplaba á Marta con mirada indiferente, mientras que su compañero parecía encantado; pero aquél notaba en ella las huellas de una angustia que pasaba desapercibida para el viejo libertino, á quien la carabina había asustado. Estas dos naturalezas se pintaban admirablemente en este pequeño detalle, que resultaba tan elocuente.

—Yo tengo cita al otro lado del bosque, decía el administrador, y no puedo prestar á ustedes ese servicio en persona; pero mi hijo les conducirá hasta el palacio. ¿Pero por dónde han venido ustedes á Gondreville? Han tomado ustedes por Cinq-Cygne.

—Teníamos, como usted, negocios en el bosque, dijo Coorentín sin ninguna ironía aparente.

—Francisco, exclamó Michú, acompaña á estos señores al palacio por los senderos, á fin de que no los vean. Ven aquí primero, dijo al ver que los dos extranjeros les habían vuelto la espalda y marchaban hablando en voz baja.

Michú cogió á su hijo y lo abrazó casi santamente y con una expresión que confirmó las aprensiones de su mujer. Esta sintió frío en la espalda y miró á su madre con mirada serena, pues no podía llorar.

—Ahora vete, dijo á su hijo.

Y lo contempló hasta que se perdió por completo de vista. Couraut ladró hacia la parte de la quinta de Grouage.

—¡Oh! es Violette, repuso Michú; esta es la tercera vez que pasa desde esta mañana. ¿Qué ocurrirá? ¡Basta, Couraut!

Algunos instantes después se oyó el pequeño trote de un caballo.

Violette, montado en una de esas jacas de que se sirven los cortijeros de los alrededores de París, mostró, bajo un sombrero de forma redonda y de grandes alas, su cara de color de madera y muy arrugada, la cual en este momento parecía aún más sombría que de ordinario. Sus ojos grises, maliciosos y brillantes, disimulaban su solapado carácter. Sus piernas secas, provistas de polainas de tela blanca que le llegaban hasta las rodillas, pendían sin estar apoyadas en estribos, y parecían mantenidas en quietud, gracias al peso de sus gruesos zapatos herrados. Encima de su chaqueta de paño azul, llevaba una blusa á rayas blancas y negras. Sus cabellos grises caían formando grandes bucles por detrás de su cabeza. Este traje, el caballo gris de piernas cortas, la manera como iba sobre él Violette, el busto hacia atrás, su mano callosa y de color de tierra, que sostenía una mala brida sebosa y remendada, todo hacía ver en él al aldeano avaro, ambicioso, que quiere poseer tierra y que la compra á cualquier precio. Su boca de pálidos labios, hendida como si un cirujano la hubiese abierto con un bisturí, las innumerables arrugas de su rostro y de su frente, ocultaban su fisonomía, cuyos solos contornos hablaban. Aquellas facciones duras y pronunciadas parecían expresar la amenaza, á pesar del aire humilde que afectan todos los campesinos, y bajo el cual ocultan sus emociones y sus cálculos, como los orientales y los salvajes ocultan los suyos bajo una imperturbable gravedad. De sencillo aldeano que trabajaba á jornal, había llegado á ser cortijero de Grouage, gracias á un sistema de maldad creciente que continuaba ejerciendo aún, después de haber conquistado una posición que excedía á sus primeros deseos. Quería el mal del prójimo y lo deseaba ardientemente. Cuando podía contribuir á él, prestaba su ayuda con amor. Violette era francamente envidioso; pero, en todas sus maldades, se mantenía dentro de los límites de la legalidad, enteramente lo mismo que acostumbran á hacer las oposiciones parlamentarias. Creía que su fortuna dependía de la ruina de los demás, y todo el que se encontraba por encima de él, era para él un enemigo contra el que todos los medios eran buenos. Esta manera de pensar es muy

común entre los aldeanos. Su gran negocio del momento era obtener de Maligno una prórroga del arriendo de su quinta, que sólo faltaba seis años para que expirase. Como envidiaba la fortuna del administrador, lo vigilaba de cerca; la gente del país le hacía la guerra por sus relaciones con Michú; pero, con la esperanza de que el arriendo se prorrogase por doce años más, el astuto cortijero acechaba una ocasión para hacer un favor al gobierno ó á Maligno, que desconfiaba de Michú. Violette, ayudado por el guarda particular de Gondreville, por el guarda campos y por algunos hacinadores furtivos, tenía al comisario de policía de Arcis al corriente de las más insignificantes acciones de Michú. Este funcionario había intentado, aunque inútilmente, atraer á Mariana, la criada de Michú, á su bando; pero Violette y sus confidentes lo sabían todo por Gaucher, el criadito con cuya fidelidad contaba Michú, y que le hacía traición por bagatelas como chalecos, lazos, medias de algodón y otras fruslerías. Por lo demás, este muchacho no sospechaba la importancia de sus charlatanías. Violette empeoraba las acciones de Michú, y procuraba hacerlas criminales por medio de absurdas hipótesis, sin que de esto tuviese conocimiento el administrador, el cual sabía, no obstante, el innoble papel que el cortijero desempeñaba en su casa, y se complacía en engañarle.

—Muchos negocios debe usted tener en Belache cuando está usted todavía aquí, dijo Michú.

—Ese todavía es una palabra de reproche, señor Michú. Supongó que no querrá usted alejarme con semejantes músicas. ¡Hombre, no sabía que tuviese usted esa carabina!

—Sí, ha nacido en uno de mis campos que da carabinas, respondió Michú. Mire usted cómo las siembro.

Y el administrador puso como blanco una guita á treinta pasos de distancia y la cortó con la bala.

—¿Es para defender á su amo para lo que tiene usted esa arma de bandido? ¿O se la ha traído de París como regalo?

—Sí, ha venido expresamente de París para traérmela, respondió Michú.

—Lo cierto es que se charla bien en todo el país de su

viaje; unos dicen que ha caído en desgracia y que se retira de los negocios; otros que quiere ver claro aquí; en resúmdas cuentas, ¿por qué viene sin decir nada como si fuera el Primer Cónsul? ¿Sabía usted que venía?

—No estoy en tan buenas relaciones con él para que me dispense esas confianzas.

—¿De modo que aun no lo ha visto usted?

—No supe su llegada hasta hace un momento, cuando llegué de hacer mi ronda por el bosque, replicó Michú que cargaba de nuevo su carabina.

—Ha mandado á buscar al señor Grevín á Arcis; ¿van á tribunar algo?

Maligno había sido tribuno.

—Si va usted de la parte de Cinq-Cygne, dijo el administrador á Violette, déjeme usted montar, que yo también voy allá.

Violette era demasiado perezoso para llevar á la grupa á un hombre de la fuerza de Michú, y picó espuelas; el Judas se echó la carabina al hombro y se dirigió hacia la avenida.

—¿Con quién estará enojado Michú? dijo Marta á su madre.

—Desde que ha sabido la llegada del señor Maligno, se ha puesto sombrío y taciturno, respondió ésta; pero hace humedad, entremos.

Apenas se habían sentado las dos mujeres bajo la campana de la chimenea, cuando oyeron á Couraut.

—Aquí está mi marido, exclamó Marta.

En efecto, Michú subió la escalera, y su mujer, inquieta, fué á unirse con él á su cuarto.

—Mira á ver si hay alguien, dijo á Marta con voz conmovida.

—Nadie, respondió ella; Mariana está en el campo con la vaca, y Gaucher...

—¿Dónde está Gaucher? preguntó Michú.

—No lo sé.

—Desconfío de ese perillán; sube al granero, regístralo bien y examina todos los rincones del pabellón.

Marta salió y obedeció estas órdenes. Cuando volvió, encontró á Michú arrodillado y rezando.

—Pero ¿qué tienes? le preguntó su esposa asustada.

El administrador cogió á su mujer por el talle, la atrajo hacia sí, la besó en la frente y le respondió con voz conmovida:

—Si no volvemos á vernos más, sabe, mujer mía, que siempre te he amado. Sigue al pie de la letra las instrucciones que están escritas en una carta enterrada al pie de aquel árbol de esta espesura, dijo después de una pausa, señalándole un árbol. Está en un canuto de hojalata. No toques en él hasta después de mi muerte. En fin, ocurra lo que ocurra, piensa siempre en que, á pesar de la injusticia de los hombres, mi brazo ha servido á la justicia de Dios.

Marta, que palideció por grados, se puso blanca como una sábana; miró á su marido con ojos fijos y agrandados por el espanto; quiso hablar, pero se le formó un nudo en la garganta. Michú, después de haber atado al pie de su cama á Couraut, que empezó á ladrar como ladran los perros desesperados, se evadió como una sombra.

La cólera de Michú contra el señor Marión no carecía de serios motivos; pero ahora ésta se había reconcentrado en un hombre mucho más criminal á sus ojos, en Maligno, cuyos secretos conocía el administrador por estar en mejor disposición que nadie para apreciar la conducta del consejero de Estado. El suegro de Michú había contado, políticamente hablando, con la confianza del representante del Aube en la Convención, gracias á los cuidados de Grevin.

Creemos que no ha de ser inútil el relatar aquí las circunstancias que contribuyeron á enemistar á los Simeuse y á los Cinq-Cygne con Maligno, y que pesaron en el destino de los dos gemelos de la señorita de Cinq-Cygne, y más aún en el de Marta y Michú. En Troyes, el palacio de Cinq-Cygne estaba enfrente del de Simeuse. Cuando el populacho, desencadenado por manos tan sabias como prudentes, saqueó el palacio de Simeuse, descubrió al marqués y á la marquesa acusados de correspondencia con el enemigo, y los entregó á los guardias nacionales, que los encarcelaron, la multitud

consecuente gritó: «¡A los Cinq-Cygne!» No concebía que los Cinq-Cygne no estuviesen complicados en el crimen de los Simeuse. El digno y valeroso marqués de Simeuse, para salvar á sus dos hijos, que tenían á la sazón diez y ocho años y á quienes su valor podía comprometer, los había confiado, algunos momentos antes de la tormenta, á su tía, la condesa de Cinq-Cygne. Dos criados adictos á la casa de Simeuse tenían á los jóvenes encerrados. El anciano, que no quería ver que su nombre se extinguía, había recomendado que ocultasen todo á sus hijos en caso de desgracias extremas. Lorenza, que tenía entonces doce años, era igualmente amada por los dos hermanos, á los que ella amaba mucho también. Como muchos gemelos, los dos Simeuse se parecían tanto, que, durante mucho tiempo, su propia madre les daba vestidos de colores diferentes para no engañarse. El que había nacido primero se llamaba Pablo María, y el otro María Pablo. Lorenza de Cinq-Cygne, á quien se había confiado el secreto de su situación, desempeñó muy bien su papel de mujer: suplicó á sus primos, los acarició y los guardó hasta el momento en que el populacho rodeó el palacio de Cinq-Cygne. Los dos hermanos comprendieron al instante el peligro y se lo comunicaron con una misma mirada. Su resolución quedó tomada inmediatamente: armaron á sus dos criados, á los de la condesa de Cinq-Cygne, formaron una barricada tras de la puerta y se pusieron en la ventana, después de haber cerrado las persianas, con cinco criados y el abate de Hautesserre, un pariente de los Cinq-Cygne. Los ocho valerosos campeones hicieron un fuego terrible sobre las masas. Cada tiro mataba ó hería á un asaltante. Lorenza, en lugar de desolarse, cargaba los fusiles con una sangre fría extraordinaria y daba balas y pólvora, según las iban necesitando. La condesa de Cinq-Cygne había caído de rodillas.

—¿Qué hace usted, madre mía? le dijo Lorenza.

—Ruego por vosotros y por ellos, le respondió la condesa.

Palabras sublimes que pronunció también la madre del príncipe de la Paz en España, en una circunstancia análoga.

En un instante, once personas quedaron muertas y mezcladas en tierra con los heridos. Esta clase de acontecimientos enfrián ó exaltan á la multitud, la irritan ó la desaniman. Los más avanzados, asustados, recularon; pero la masa entera que iba á matar, á robar y á asesinar, al ver á los muertos, empezó á gritar: «¡A los asesinos! ¡A los homicidas!» y entonces la gente prudente fué á buscar al representante del pueblo. Los dos hermanos, instruidos ya de los acontecimientos del día, sospecharon que el convencional deseaba la ruina de su casa, y su sospecha fué bien pronto una convicción. Animados por el deseo de venganza, se apostaron en la puerta cochera y cargaron sus escopetas para matar á Maligno en el momento en que se presentase. La condesa habfa perdido la cabeza; veía su casa hecha cenizas, á su hija asesinada, y vituperaba á sus parientes por la heroica defensa de que se ocupó Francia entera durante ocho días. Ante la intimación hecha por Maligno, Lorenza entreabrió la puerta; al verle, el representante, confiando en su posición y en la debilidad de aquella niña, entró.

—¡Cómo, caballero! respondió ella á la primera palabra que pronunció el representante para pedir cuentas de aquella resistencia; ¿queréis dar la libertad á Francia y no protegéis á la gente en sus casas? ¿Quieren demoler nuestro palacio, asesinarlos, y no vamos á tener derecho á rechazar la fuerza con la fuerza!

Maligno quedó como si lo hubiesen clavado en el sitio.

—¡Usted, el nieto de un albañil, empleado por el Gran Marqués en las construcciones de su palacio, le dijo María Pablo, acaba de permitir que reduzcan á nuestro padre á prisión, acogiéndose á una calumnia!

—Será puesto en libertad, dijo Maligno, que se creyó perdido al ver que los dos jóvenes movían convulsivamente sus escopetas.

—A esa promesa debe usted la vida, dijo solemnemente María Pablo. Pero si esta noche no ha sido cumplida, nosotros sabremos encontrar á usted.

—Respecto á ese populacho que aúlla, dijo Lorenza, si no

le hace usted retirarse inmediatamente, el primer tiro será para usted. Ahora, señor Maligno, salga de aquí.

El convencional salió y arengó á la multitud hablando de los derechos sagrados del hogar, del *habeas corpus* y del domicilio inglés. Dijo que la ley y el pueblo eran soberanos, que la ley era el pueblo, que éste no debía obrar más que con arreglo á la ley, y que la fuerza pertenece á la ley. La ley de la necesidad le hizo elocuente, y logró que la multitud se retirase. Pero no olvidó nunca ni la expresión de desprecio de los dos hermanos, ni el «Salga de aquí» de la señorita de Cinq-Cygne. Así es que, cuando se trató de vender nacionalmente los bienes del conde de Cinq-Cygne, hermano de Lorenza, la partición se hizo de la manera más estricta. Los agentes del distrito no dejaron á Lorenza más que el castillo, el parque, los jardines y la quinta llamada de Cinq-Cygne. Según las instrucciones de Maligno, siendo la nación la representante y heredera legítima de los emigrados, sobre todo cuando éstos llevaban sus armas contra la República, Lorenza no tenía derecho más que á su legítima. La noche de aquel furioso motín, Lorenza suplicó de tal modo á sus primos que partiesen, temiendo por ellos alguna traición y las emboscadas del representante, que éstos montaron á caballo y lograron llegar á las avanzadas del ejército prusiano.

En el momento en que los dos hermanos llegaban al bosque de Gondreville, el palacio de Cinq-Cygne fué cercado; el representante iba en persona y á la fuerza á prender á los herederos de la casa de Simeuse. No se atrevió á apoderarse de la condesa de Cinq-Cygne, que yacía en cama presa de una fiebre nerviosa, ni de Lorenza, que era una niña de doce años. Los criados, temiendo la severidad de la República, habían desaparecido. Al día siguiente por la mañana, la noticia de la resistencia de los dos hermanos y de su huida á Prusia (según se decía), se extendió por los alrededores, y habiéndose reunido una multitud de tres mil personas delante del palacio de Cinq-Cygne, fué éste demolido con una una rapidez inexplicable. La señora de Cinq-Cygne, habiendo sido transportada al palacio de Simeuse y habiéndose